

Capacitador Sermones

MARZO DE 2024

Sermón del 7 de abril 2

Sermón del 14 de abril 15

Sermón del 21 de abril 25

Sermón 28 de Abril 37

Sermón del 7 de abril de 2024 – Segundo domingo de Pascua

Inicio

Vídeo: La vida en un puñado de polvo <https://youtu.be/ZYK5leZerQM>

Bienvenido al episodio de esta semana, una repetición especial de nuestro archivo Hablando de Vida. Esperamos que su mensaje atemporal te resulte tan significativo hoy como lo fue cuando se compartió por primera vez.

Salmo 133:1-3 • Hechos 4:32-35 • 1 Juan 1:1 – 2:2 • Juan 20:19-31

El tema de esta semana es **la bendición de la paz y el gozo**. En nuestro salmo que nos llama a adorar, se nos da una descripción pintoresca de la unidad y la armonía vividas entre el pueblo de Dios. La lectura de los Hechos también muestra paz y gozo en forma de solidaridad y repartición de bienes entre los primeros creyentes. 1 Juan vincula la comunión entre los creyentes con la comunión dada en Cristo con Dios, y luego elabora sobre la confesión y el perdón, que trae paz. El texto del Evangelio de Juan relata la historia posterior a la resurrección de la bendición de la paz de Jesús, junto con el otorgamiento del Espíritu, a sus temerosos discípulos que estaban detrás de puertas cerradas y aseguradas.

Una doble bendición - Juan 20:19-31

El tiempo de Pascua es un momento en el que la iglesia puede visitar una vez más el testimonio bíblico de Jesús resucitado,

junto con la bendición que viene a quienes ponen su confianza en él. Esta temporada de Pascua estamos siguiendo de cerca el testimonio del apóstol Juan sobre la resurrección de Jesús y las implicaciones de la fe en él, las cuáles están basadas en la revelación que Jesús hace de sí mismo. Considerando el relato evangélico de Juan sobre los primeros encuentros del Señor resucitado, junto con una mirada al relato de hoy de una aparición posterior a la resurrección, se nos da la oportunidad de hacer uso de un juego de palabras para dejar claro un punto. Ese juego de palabras será la palabra "doble". Por eso este sermón se titula: **"Una doble bendición"**.

Para establecer esto, permíteme señalar algunas "duplicidades" que vemos en los escritos de Juan. Primero, la forma en que Juan cuenta la historia de la primera aparición de Jesús resucitado en **Juan 20:1-18**, junto con la historia de hoy de la aparición de Jesús posterior a la resurrección, es haciendo uso de dos "historias dobles" paralelas.

Entonces, ahí encontramos dos historias "dobles" o paralelas. Si recuerdas el relato de Juan sobre la historia de Pascua, empareja la historia de dos discípulos con María Magdalena. Al hacerlo, muestra un contraste entre la fe y la duda de quienes se encuentran con Jesús. En la historia de la resurrección, es el "discípulo amado" quien demuestra fe al ver la tumba vacía, en contraste con María Magdalena, quien todavía cree que Jesús está muerto, incluso cuando está cara a cara con él. Luego, en nuestra historia de hoy, Juan contrasta la respuesta de regocijo de diez discípulos que son encontrados por Jesús en una habitación cerrada, con la de Tomás, que está ausente y declara que no creerá

sin pruebas. Entonces, ahora echemos un vistazo a otras narrativas paralelas en el segundo uso que hace Juan de “historias dobles”.

Al leer esta historia, es posible que notes otras duplicidades más. Primero, vemos una imagen de dos puertas. Está la puerta cerrada con llave de la habitación en la que se esconden los discípulos y luego está Jesús, la Puerta, que aparece en la habitación. Es cierto que esto puede ser una exageración exegética.

Pero éstas no son así: hay dos ocasiones de discípulos encerrados en una habitación. Hay dos bendiciones de paz pronunciadas por Jesús. Hay dos apariciones de Jesús: una con la ausencia de Tomás y otra con él presente. También hay dos presentaciones de las manos y el costado de Jesús. Y solo por diversión, se hace referencia a Tomás como “el Gemelo”. Es posible que puedas encontrar algunos dobles más. Pero probablemente debería detenerme y exponer mi punto.

El punto es simplemente reiterar un patrón observado en todas las Escrituras desde Génesis hasta Apocalipsis. En Jesús, lo que se pierde, no sólo se restaura, sino que se renueva exponencialmente. Entonces, incluso usar el juego “doble” de palabras no es suficiente. Dios está haciendo mucho más que simplemente “duplicar” alguna bendición. Su objetivo es llevarnos a la fuente misma de toda bendición, su propia vida y amor compartido por el Padre y el Hijo en el Espíritu.

Aquí hay otra manera de pensarlo.

Tomando prestado del teólogo Walter Brueggeman, vemos un patrón particularmente en los Salmos, y en general en todas las Escrituras, de Dios guiándonos a través del proceso de Orientación-Desorientación-Nueva Orientación.

Cuando atravesamos una crisis, experimentamos una pérdida o tenemos cualquier experiencia que equivalga a “desorientación”, normalmente queremos volver a cómo eran las cosas antes.

Buscamos reorientación. Sin embargo, esto no sólo es imposible, sino que no es el modelo que Dios nos ofrece en las Escrituras. En Jesucristo, Dios ha hecho algo nuevo. Él nos lleva a una “Nueva Orientación” que trasciende el pasado y nos lleva a un futuro gozoso. Este marco es un aspecto que podemos ver en la historia del encuentro de Jesús con los discípulos temerosos en una habitación cerrada con llave después de la resurrección. Echemos un vistazo y tengamos presente el patrón de “doble bendición” de la obra de Jesús en nuestras vidas.

Jesús se aparece a sus discípulos 19 Al atardecer de aquel primer día de la semana, estando reunidos los discípulos a puerta cerrada

por temor a los judíos, entró Jesús y poniéndose en medio de ellos, dijo: — ¡La paz sea con ustedes! (Juan 20:19 NVI)

Podemos identificarnos con los discípulos que cerraban las puertas por “temor a los judíos”. Cuando atravesamos acontecimientos “desorientadores” en nuestra vida, podemos tener miedo del futuro, encerrarnos y lamentar la pérdida del pasado. Pero Jesús está detrás de nuestras puertas cerradas. Él no espera una invitación y nuestros miedos no lo obstaculizan. Aparece con las palabras: ***“La paz sea con Ustedes”***.

Para los discípulos esto sería reconfortante considerando que la última vez que vieron a Jesús lo habían abandonado y negado mientras actuaban con temor durante los eventos que condujeron a su crucifixión. Pero Jesús trasciende nuestras acciones pasadas y los acontecimientos pasados de desorientación de nuestras vidas. Él nos restaura con paz, una reconciliación duradera que nos libera de todos los acontecimientos pasados que nos han dejado marcados y heridos.

20 Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Al ver al Señor, los discípulos se alegraron. 21 — ¡La paz sea con ustedes! —repitió Jesús—. Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes. 22 Acto seguido, sopló sobre ellos y les dijo: —Reciban el Espíritu Santo. 23 A quienes perdonen sus pecados, les serán perdonados; a quienes no se los perdonen, no les serán perdonados. (Juan 20:20-23 NVI)

Jesús usó sus propias cicatrices y heridas para servir como punto de conexión para los discípulos. Lo más probable es que un temor muy real que tenían los discípulos fuera ser atrapados por los romanos y que sus propias manos fueran traspasadas con clavos y

su propio costado empalado con una lanza. Ver a Jesús resucitado entre ellos mostrando estas cicatrices fue un mensaje de que los romanos no tienen ningún poder duradero. Jesús tiene la última palabra y esa palabra en este momento es "Paz". Este es un segundo pronunciamiento de Jesús de "La paz sea con ustedes". Podemos ver el peso y la fuerza de la realidad de la paz que Jesús trae al hablar de ella dos veces. Si toda la creación fue llamada a existir a través de la Palabra hablada una vez, ¡cuánto más es la realidad de algo que Él habla dos veces! En la muerte y resurrección de Jesucristo ciertamente tenemos una paz permanente y duradera.

Dentro de esta realidad de paz que se nos ha dado, Jesús encarga entonces a la iglesia. Les dice a los discípulos: "Como el Padre me envió, así también yo os envío". Toda la vida y el ministerio de Jesús fueron vividos en el Espíritu. Desde su nacimiento, durante su ministerio y hasta su muerte, todo lo que Jesús dijo e hizo fue hecho en el Espíritu. Así es como la iglesia es enviada al mundo. No somos enviados solos ni abandonados. No somos enviados por nuestro propio poder, inteligencia o habilidad. Jesús comienza una nueva misión para los discípulos cuando "sopló sobre ellos y les dijo: ***'Reciban el Espíritu Santo'***".

Ser enviado no significa ser enviado lejos de Jesús, sino ser enviado con Jesús a su ministerio continuo. Jesús ha comenzado algo nuevo en sus discípulos para salir y proclamar sin miedo la nueva creación y su nuevo Rey. Al ver quién es Jesús como el resucitado que envía su Espíritu, podemos avanzar hacia la nueva orientación que tiene para nosotros. Es en esta novedad que tenemos vida. No hay vuelta atrás al pasado, pero no debemos temer al futuro, ya que Jesús es el Alfa y la Omega, redimiendo

todo el tiempo pasado, presente y futuro en su obra consumada en la cruz. Y no nos quedamos solos, sino que se nos da el Espíritu Santo que nos anima y nos da poder para avanzar hacia la nueva vida y misión que tiene para nosotros. Los discípulos están a punto de dar sus primeros pasos de ser pescadores a ser pescadores de hombres. La “doble bendición” está sobre ellos. Es una bendición que se nos ofrece a nosotros también en Jesucristo.

Al dar el Espíritu Santo para esta nueva misión en la que entrarían los discípulos, Jesús da una descripción de cómo será: “A quienes ustedes perdonen los pecados, les serán perdonados; y a quienes no se los perdonen, no les serán perdonados.”. Queremos asegurarnos de entender esto a la luz de todas las Escrituras. Sabemos que Jesús no nos está dando el poder de hacer que las personas sean perdonadas o no perdonadas, sino que está enseñando a los discípulos la importancia de vivir en el Espíritu. **Al perdonar a los demás, llegamos a comprender más plenamente la verdad y la realidad del perdón que se encuentra en Jesús.**

Jesús también revela, mostrándoles las manos y el costado, que no es un fantasma. Su resurrección es una resurrección corporal. Él restaura y redime a toda la humanidad con todas nuestras cicatrices y todas nuestras heridas para un cuerpo glorificado con un futuro glorioso. Esa es una gloria que no podemos comprender completamente en este lado de la muerte. Pero Jesús nos da una idea de ello mientras permanece impasible y sin obstáculos por las cicatrices de su crucifixión. Esas cicatrices ahora se utilizan para provocar el regocijo de sus discípulos. Podemos confiar en que él también convertirá nuestras cicatrices y heridas en puntos de regocijo.

También son las cicatrices de Jesús las que sirven como punto de conexión para que Tomás supere sus dudas.

24 Tomás, al que apodaban el Gemelo y que era uno de los doce, no estaba con los discípulos cuando llegó Jesús. 25 Así que los otros discípulos le dijeron: — ¡Hemos visto al Señor!

—Mientras no vea yo la marca de los clavos en sus manos, y meta mi dedo en las marcas y mi mano en su costado, no lo creeré —repuso Tomás. 26 Una semana más tarde estaban los discípulos de nuevo en la casa y Tomás estaba con ellos. Aunque las puertas estaban cerradas, Jesús entró y, poniéndose en medio de ellos, los saludó.

— ¡La paz sea con ustedes!

27 luego dijo a Tomás:

—Pon tu dedo aquí y mira mis manos. Acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino hombre de fe.

28 — ¡Señor mío y Dios mío! —exclamó Tomás.

29 —Porque me has visto, has creído —le dijo Jesús—; dichosos los que no han visto y sin embargo creen. (Juan 20:24-29 NVI)

Ahora llegamos a ver el contraste en la fe que Juan destaca con su “doble historia” del primer encuentro de los diez discípulos con Jesús detrás de puertas cerradas, y el segundo encuentro de Jesús con Tomás incluido. Es importante señalar aquí que, aunque los diez discípulos que estaban en la habitación cuando apareció Jesús le están diciendo a su hermano Tomás que “han visto al Señor”, ellos también, junto con Tomás en este momento, todavía se esconden detrás de puertas cerradas.

A menudo Tomás lleva el peso de la incredulidad en esta historia, pero puede que esa no sea una lectura justa del punto de vista de Juan. Cada persona en la narrativa de Juan enfrenta la realidad de la resurrección de Jesús de diferentes maneras y en diferentes momentos. La fe en Jesús es personal. No existe un enfoque único para poner la confianza en el Señor Jesús. Es una obra del Espíritu en cada uno de nosotros a un nivel muy personal. No es ningún método mecánico, técnica automática o fórmula mágica lo que está en juego. La fe, es decir, la confianza, es, por definición, algo que sólo puede tener lugar en una relación. Y Jesús, por el Espíritu, es el iniciador de esa relación. Y tomará el tiempo y el enfoque que sea apropiado para cada uno de nosotros para hacer crecer nuestra fe en él.

Para Tomás, parece que necesitaba otra semana incluso para estar en la misma habitación que los otros discípulos. Todos están detrás de puertas cerradas, pero Tomás parece tener otra puerta cerrada también. La puerta de la fe. Y antes de menospreciar a Tomás, no olvidemos las muchas veces que hemos hecho lo mismo.

Ya sea a través de experiencias de vida o del razonamiento humano, decidimos que no se puede confiar en Jesús. ¿Has estado allí?

Quizás hayas estado allí y regresado. La confianza requiere tiempo y el miedo ciertamente impide nuestro progreso. Entonces, reaccionamos cerrando la puerta con llave y negándonos a dejar entrar a Jesús. Pero luego, inexplicablemente, y sin nuestra invitación.... Aparece Jesús. Él no necesita nuestra creencia para estar presente en nuestras vidas.

Él simplemente aparece detrás de nuestras puertas cerradas de incredulidad y comienza a generar una fe que no podríamos generar por nuestra cuenta. ¡Alabado sea el Señor! Jesús encuentra un camino detrás de todas nuestras puertas cerradas y nos encuentra donde estamos, construyendo en nosotros una fe que conduce a la vida.

¿Notaste que la demanda de Tomás de evidencia de que Jesús estaba vivo era exactamente lo que Jesús ya había presentado a los otros diez discípulos? Y Jesús no perdió la paciencia con Tomás, ni le dijo: “Lo siento, deberías haber estado aquí la semana pasada”. No, simplemente presentó sus manos y su costado nuevamente, esta vez con la invitación adicional de tocarlos, ya que eso era lo que Tomás declaró que haría falta para creer. Y hay que reconocer que Tomás fue un hombre de palabra al profesar: “¡Señor mío y Dios mío!” No sabemos si Tomás realmente tocó las cicatrices o no, pero sí sabemos que Jesús restauró su fe al encontrarse con Tomás donde estaba en su incredulidad.

Después de la profunda confesión de fe de Tomás, Jesús pregunta: **“¿Has creído porque me has visto? Bienaventurados los que no han visto y han creído”**.

¿Jesús está haciendo aquí una comparación para restar importancia a cómo Tomás creció en la fe? Creo que nos inclinamos a leerlo de esa manera porque nos encanta hacer comparaciones que nos pongan bajo una luz favorable.

Pero parece más probable, por la forma en que Juan escribe esto, que Jesús esté aludiendo al papel de Tomás y los otros discípulos al ser enviados al mundo para proclamar el mismo mensaje que acaban de creer.

Jesús ha resucitado. Al escuchar este mensaje que los discípulos predicarán, otros como tú y yo, que no estuvimos presentes para presenciar las apariciones de Jesús después de la resurrección, compartiremos la misma bendición de ser encontrados por Jesús resucitado, quien se esconde detrás de nuestras puertas cerradas para traernos a nosotros a la fe.

De esta manera, el pasaje concluye con una nota de doble bendición que viene con la bendición de que Jesús se aparece a los discípulos y les encarga contarnos la historia de hoy donde podemos recibir la bendición de poner nuestra confianza en el que resucitó para traernos nueva vida. Y esa es la historia que acabamos de escuchar. ¿Tú lo crees? Si no, hay más historias que contar. Jesús no ha terminado de meterse detrás de nuestras puertas cerradas y llevarnos a su paz. Juan concluye diciendo prácticamente lo mismo:

30 Jesús hizo muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están registradas en este libro. 31 Pero estas se han escrito para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre tengan vida. (Juan 20:30-31 NVI)

Que a medida que continuamos nuestro viaje a través de esta temporada pascual, podamos ver al Señor resucitado detrás de nuestras puertas cerradas. Que cuando él nos encuentre donde estamos, incluso en medio de nuestro miedo y dolor por la pérdida, que nuestra fe crezca cuando él nos encuentre, ayudándonos a avanzar en la novedad. En esta nueva orientación en Jesús es donde encontramos vida: vida gozosa, abundante y desbordante. Es donde descubrimos que somos “doblemente bendecidos”.

Preguntas de discusión en grupos pequeños

- ¿Puedes pensar en algunos ejemplos de cuando fuiste “doblemente bendecido”, es decir, recibiste algo que superó con creces tus expectativas? Describe esta experiencia. ¿Cómo podría compararse eso con lo que experimentaron los discípulos cuando Jesús apareció en su habitación cerrada?
- ¿Qué pensaste de la visión de Walter Brueggeman sobre el patrón bíblico de Orientación-Desorientación-Nueva Orientación? ¿Con qué frecuencia buscamos una reorientación cuando Jesús pretende llevarnos a una nueva orientación?
- ¿Cuáles son algunos ejemplos o experiencias que puedes compartir sobre esconderte detrás de puertas cerradas por miedo?
- ¿Qué pensaste al leer que Jesús apareció en el cuarto que los discípulos habían cerrado con llave? ¿Puedes pensar en ocasiones en las que Jesús apareció en tu vida sin tu invitación?

- ¿Qué pensaste de la afirmación de que “la fe es una obra que sólo puede tener lugar en una relación”? ¿Cómo cambia la comprensión de la fe como confianza en una persona la forma en que entiendes la fe en Jesús? ¿Cómo influye esto en nuestra visión de lo que Jesús está haciendo en nuestras circunstancias actuales, ya sean buenas o malas?
- ¿Cuál fue tu impresión de las acciones y palabras de Jesús a Tomás, cuando se apareció a los discípulos por segunda vez? ¿Qué dice esto acerca de Jesús y su corazón hacia nosotros?
- ¿Esta historia de Jesús, apareciendo detrás de las puertas cerradas de los discípulos, te ha ayudado a crecer en tu confianza en Jesús un poco más?

Inicio

Sermón del 14 de abril de 2024 – Tercer domingo de Pascua

Inicio

Vídeo: “Jesús se hace “viral” https://youtu.be/tY_IRbHGIM

Bienvenido al episodio de esta semana, una repetición especial de nuestro archivo Hablando de Vida. Esperamos que su mensaje atemporal te resulte tan significativo hoy como lo fue cuando se compartió por primera vez.

Salmo 4:1-8 • Hechos 3:12-19 • 1 Juan 3:1-7 • Lucas 24:36b-48

El tema de esta semana es **nueva identidad, nuevo poder**. En nuestro salmo que nos llama a adorar, se nos recuerda que podemos descansar en paz sabiendo que el Señor nos escucha cuando llamamos. La lectura de los Hechos relata que Pedro les recuerda a los demás que el poder sanador sólo viene de Cristo. Nuestro texto en 1 Juan explora las implicaciones de nuestra identidad como hijos de Dios. El texto del Evangelio de Lucas registra la sorprendente aparición de Jesús, quien confronta a los discípulos con la realidad de su resurrección y les encarga que sean sus testigos ante todas las naciones.

Vivir siendo quienes somos - 1 Juan 3:1-7

Para el mensaje de hoy tercer domingo de Pascua, nos quedaremos con los escritos del apóstol Juan, solo que vamos a cambiar de libro. En lugar de mirar el Evangelio de Juan, veremos una carta que Juan escribió a una comunidad cercana de creyentes que habían estado expuestos a algunos falsos maestros. Estos falsos maestros eran antiguos miembros de esta comunidad que

se fueron y se llevaron algunos seguidores consigo. Entonces, Juan escribe para recordarles a aquellos que permanecieron leales a la comunidad de creyentes la verdad que se remonta al “principio”.

Esta verdad, como Juan comienza su carta, es Jesús mismo, quien descendió como Encarnación para llevarnos a la vida eterna. Entonces, para el tiempo de Pascua, podemos leer hoy el breve pasaje de Juan como un recordatorio del nuevo comienzo que se nos da en Jesús a causa de su resurrección.

La Semana Santa lo cambia todo. Y uno de los cambios clave que supone para nosotros es definir nuestra verdadera identidad y ayudarnos a vivir esa realidad todos los días. Juan les recuerda a ellos, y a nosotros, quiénes somos, para que podamos vivir siendo quienes somos.

Estoy seguro de que todos podemos contar ocasiones en nuestra vida en las que nuestra identidad ha sido cuestionada. Un momento de crisis o desafío puede sacudir nuestras creencias hasta las raíces y hacernos cuestionar quiénes somos. Cuando se trata de la realidad de nuestra identidad en Cristo, esto se convierte en una cuestión de que nuestra fe sea sacudida. A raíz de los falsos maestros que han infligido pérdidas a aquellos a quienes Juan llama “niños pequeños”, Juan sabe que necesita fortalecer su fe recordándoles quiénes son a la luz de su relación con el Señor resucitado.

Esta carta está incluida en el canon de las Escrituras porque el Espíritu Santo sabía que nosotros también necesitaríamos este recordatorio constante. Como se dijo en el sermón de la semana pasada, el tiempo de Pascua es un momento en el que la iglesia puede visitar una vez más el testimonio bíblico de Jesús resucitado junto con la bendición que reciben aquellos que ponen su confianza en él. Juan está tratando de restaurar la confianza de sus “hijitos” en Jesús, escribiendo una carta que ahora podemos leer para restaurar la nuestra. A medida que leemos, descubriremos algunas hermosas bendiciones que reciben aquellos que viven en obediencia confiada como “hijitos” que pertenecen al Padre a causa del Señor resucitado.

Como telón de fondo, es bueno tener en cuenta una práctica horrenda que era común en el Imperio Romano en el momento en que se escribió esta carta. Juan les escribe a personas que entendían la práctica romana que tenía lugar cuando nacía un niño en una familia romana. El niño sería colocado en el suelo a los pies del padre. Si el padre aceptaba al niño, se agachaba y levantaba al niño para indicar que el padre lo había aceptado como propio. El

niño pasaría entonces a formar parte de la familia, asumiendo el apellido y todos los beneficios del mismo. Si el padre no decidía aceptar al niño, se marcharía, dejando al niño abandonado en la calle. Esta práctica bárbara puede haber sido la norma en la cultura de la época, pero no era el mensaje de Buenas Nuevas sobre el Padre de Jesús. Es por eso que se sabía que los cristianos de esa época rescataban a estos niños abandonados que habían sido expulsados de manera tan inhumana. Juan, en este pasaje, fundamenta nuestra identidad en la Buenas Nuevas de que el Padre ha descendido a nuestra humanidad y nos ha elevado en su Hijo, Jesucristo. El Padre es aquel que ama a todos sus hijos y nunca nos da la espalda. Este es un Padre en quien podemos confiar, que pone su nombre en nosotros y que nos da todas las bendiciones que vienen con esa confianza.

Si vamos a aumentar nuestra confianza en el Padre, debemos llegar a ver cada vez más quién es él. ¿Es como los padres romanos que pueden rechazarnos o no y darnos por muertos? ¿O es el Padre que Jesús nos revela? Esta es una razón importante por la que Jesús tuvo que venir en carne. La Encarnación nos proporciona una revelación del Padre. Todo lo que vemos hacer y decir a Jesús revela algo sobre quién es el Padre. Comprender a Dios como Trinidad es esencial para esta comprensión que la iglesia primitiva captó y nos transmitió. Surge de las propias palabras de Jesús cuando nos dice: “Cualquiera que me ha visto, ha visto al Padre” (**Juan 14:9**), y “Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo”. Sobre este fundamento bíblico y teológico tenemos la comprensión históricamente ortodoxa de Jesús como la auto-revelación del Padre. Jesús nunca hace ni dice nada que pueda

contradecir el corazón y el carácter del Padre. Es desde este fundamento que Juan proclamará con valentía el amor del Padre por nosotros y nos recordará lo que se nos ha dado como hijos suyos.

Específicamente, a medida que avanzamos en el pasaje, podremos ver **cuatro aspectos** de nuestra identidad como hijos de Dios.

1. Paz
2. Permanencia
3. Personalidad
4. Participación

Un recordatorio de quién es Dios como nuestro Padre amoroso puede salvaguardarnos contra las mentiras y engaños que los falsos maestros, y el maligno que mueve sus hilos, usan para alejarnos de la comunidad de fe. Si has luchado con tu fe e identidad debido a alguna retórica confusa desde fuera de la iglesia, y aún más inquietante, desde dentro de la iglesia, entonces escucha las palabras de afirmación de Juan sobre quiénes somos verdaderamente en Jesucristo. Se nos recordará que somos hijos del Padre que hemos sido reclamados, amados y eternamente abrazados en la muerte, resurrección y ascensión de su amado Hijo, Jesucristo.

Comencemos con el primer versículo de nuestro texto para ver la primera de cuatro realidades sobre nuestra identidad establecida en Jesucristo:

3 ¡Fíjense qué gran amor nos ha dado el Padre, que se nos llame hijos de Dios! ¡Y lo somos! El mundo no nos conoce, precisamente, porque no lo conoció a él. (1 Juan 3:1 NVI)

Paz - No hay conflicto entre ser “llamados hijos de Dios” y ser realmente sus hijos. Nuestra identidad como pertenecientes al Padre no está sólo en la etiqueta. El Padre nos llama hijos y sabemos que el Padre no miente. Ser hijo de Dios es la verdad más fundamental de nuestra identidad. Puede que no siempre experimentemos que los demás nos conozcan de esta manera, pero eso no cambia la realidad de quiénes somos. No podemos esperar que el mundo nos diga quiénes somos. No pertenecemos al mundo; pertenecemos al Padre. El mundo con todo su atractivo clamará para que coloques tu identidad en cualquier otra cosa que no sea Jesús, el verdadero Señor y Rey de este mundo.

El siguiente versículo contiene dos realidades con respecto a nuestra identidad en Cristo:

2 Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es. (1 Juan 3:2 NVI)

Permanencia - Ser hijo de Dios no es un potencial ni un sueño idealista para el futuro. Es nuestra identidad "ahora". Puede que ahora no veamos plenamente nuestra identidad, pero podemos confiar en que es para lo que el Padre nos hizo ser. Estamos incluidos en la filiación de Jesús y por lo tanto compartimos la vida misma y la relación entre el Padre y su Hijo en el Espíritu. Nuestra identidad de hijos de Dios nunca será revocada, como tampoco Jesús dejará de ser el Hijo del Padre.

Personalidad

La revelación completa de quiénes somos como hijos de Dios se basa en una relación cara a cara con Jesús. Nuestra personalidad se ve plenamente en la persona de Jesús. No somos fundamentalmente “individuos” sino personas en relación. No nos damos cuenta ni actualizamos nuestra propia identidad desde un centro dentro de nosotros mismos. Nuestra identidad está centrada en Jesucristo. Cuando miramos hacia otra parte, seguimos confundidos acerca de nuestra identidad como hijos de Dios.

Los últimos cuatro versículos nos dan nuestra cuarta realidad con respecto a nuestra identidad junto con algunas implicaciones de vivir esta realidad en nuestra vida diaria:

Todo el que tiene esta esperanza en Cristo se purifica a sí mismo, así como él es puro. Todo el que comete pecado quebranta la ley; de hecho, el pecado es transgresión de la ley.

Pero ustedes saben que Jesucristo se manifestó para quitar nuestros pecados. Y él no tiene pecado.

Todo el que permanece en él no practica el pecado.

Todo el que practica el pecado no lo ha visto ni lo ha conocido.

Queridos hijos, que nadie los engañe.

El que practica la justicia es justo, así como él es justo.

(1 Juan 3:3-7 NVI)

Participación

El Padre no nos reclamó como sus hijos sólo para poder ponernos en un estante como decoración. Él nos creó para ser participantes reales de la vida divina. Estamos hechos para participar de la vida

misma que el Hijo tiene con su Padre. Al participar, realmente somos quienes debemos ser. Esta es la buena vida de fe, esperanza y amor. No tenemos que crear esta vida por nosotros mismos. Podemos participar en él como hijos benditos del Padre porque eso es lo que somos.

Los hijos reciben todo lo que su Padre tiene para darles. No tienen que ganárselo haciéndose un nombre. El nombre del Padre ya ha sido puesto sobre ellos. La mentira que podemos sentirnos tentados a creer es que el Padre realmente quiere esclavos, no hijos e hijas. Esta es una enseñanza falsa profundamente arraigada en nuestro mundo, que nos tienta a basar nuestro valor en lo que podemos hacer o producir (para el Maestro) en lugar de en quiénes somos como hijos del Padre.

Si alguna vez viste la película de Batman de 2005, *Batman Inicia*, quizás recuerdes la escena en la que Batman revela su identidad a su novia de la infancia diciendo: "No es quién soy en el fondo, sino lo que hago lo que me define". Esto puede ilustrar cómo nosotros también podemos ir por la vida escondiéndonos detrás de la máscara de las "buenas obras", encontrando nuestra identidad en lo que hacemos (o no hacemos). Como Batman, podemos convertirnos en justicieros tomando el fruto de "El conocimiento del bien y del mal". Decidimos por nosotros mismos lo que está bien y lo que está mal y elegimos ser la fuente de nuestra propia identidad. Pero, a diferencia de Batman, que vive una doble vida, no nos definimos por una identidad que podamos forjar con nuestras propias obras.

No logramos nuestra identidad, sino que la recibimos de aquel a quien pertenecemos, nuestro Padre Celestial.

Este es el contexto que Juan tiene en mente cuando habla del pecado. El pecado, que es nada menos que pensar y actuar como si no fuéramos hijos de Dios, no tiene lugar en la vida de sus hijos. Cuando participamos en el pecado, no participamos de la vida que tenemos en Cristo. No estamos recibiendo nuestra identidad que él nos da en su Hijo. Es posible que estemos tratando de lograr nuestra identidad personal por nosotros mismos, de una forma u otra. Sin embargo, el Padre ha puesto su nombre en nosotros. El pronunciamiento de Juan de que el pecado es anarquía nos recuerda que debemos vivir según la verdadera identidad de quiénes somos. La palabra "anarquía" proviene de la palabra griega "anomia" que significa "sin nombre". No estamos sin nombre. El Padre nos ha levantado, reclamándonos, poniendo su nombre sobre nosotros y dándonos plena comunión en la familia. Juan no quiere que seamos engañados acerca de nuestra verdadera identidad. **Él quiere que vivamos la identidad que ya se nos ha dado en Jesucristo.**

Preguntas de discusión en grupos pequeños

- ¿Puedes pensar en algún momento de tu vida en el que tu identidad se haya visto sacudida a causa de alguna crisis?
- ¿Por qué es importante saber que Jesús es la auto-revelación del Padre? ¿Qué está en riesgo si no lo es?
- El sermón afirmó que la primera realidad con respecto a nuestra identidad en Cristo es la "paz". Discuta la paz que surge cuando lo que somos llamados es lo que somos. ¿Por

qué podría ser difícil creer que somos realmente hijos de Dios, y no sólo “hijos” de nombre?

- La segunda realidad fue la “permanencia”. ¿Qué diferencia hay en saber que ser hijo de Dios no es un sueño potencial o futuro sino una realidad presente que nunca cambiará? ¿Cómo podría esto cambiar la forma en que vivimos cada día?
- La tercera realidad era la “personalidad”. ¿Qué diferencia hay en saber que nuestra identidad tiene más que ver con nuestra relación con Jesús que con una autodeterminación “individualista”? ¿Quién puede decirnos mejor quiénes somos? ¿Nosotros mismos o nuestro Creador? ¿Cuáles son algunas implicaciones de su respuesta?
- La cuarta realidad enumerada en el sermón fue la “participación”. ¿Cómo discutirías la diferencia entre recibir nuestra identidad *del* Padre y con la de lograr nuestra identidad *para* el Padre?
- Analiza la declaración del sermón: "Cuando participamos en el pecado, no participamos de la vida que tenemos en Cristo". ¿Cómo describirías el pecado desde el contexto de ser un hijo de Dios?

Inicio

Sermón del 21 de abril de 2024 – Cuarto Domingo de Pascua

Inicio

Video: El verde en pastos difíciles <https://youtu.be/3PN7FmYQqs4>

Bienvenido al episodio de esta semana, una repetición especial de nuestro archivo Hablando de Vida. Esperamos que su mensaje atemporal te resulte tan significativo hoy como lo fue cuando se compartió por primera vez.

Salmo 23:1-6 • Hechos 4:5-12 • 1 Juan 3:16-24 • Juan 10:11-18

El tema de esta semana es **el buen pastor**. En nuestro Salmo que nos llama a adorar, las bendiciones de tener al Señor como nuestro Buen Pastor se muestran mediante el uso de la relación entre pastor y oveja. Hechos 4 presenta un contraste entre algunos gobernantes religiosos que estaban más preocupados por su reputación que por los necesitados, con el de los Apóstoles que se pusieron en riesgo al no negar el mensaje sanador del evangelio a alguien que estaba enfermo. En 1 Juan el amor es autenticado cuando Jesús da su vida por nosotros, un amor al que estamos llamados a participar en nuestras relaciones con los demás. La lectura del evangelio en Juan registra las propias palabras de Jesús revelando lo que significa para él ser el Buen Pastor.

¿De qué sirve un pastor verdadero? - **Juan 10:11-18**

Una de las frases más memorables de la película *Forrest Gump* fue cuando Gump dice: "Puede que no sea un hombre inteligente, pero sé lo que es el amor". A medida que se desarrollaba la película, parecía que Gump era el hombre más inteligente de la sala en este

punto tan importante. Esa película puede desafiarnos con la pregunta: **¿Sabes qué es el amor?** Y si es así, **¿cómo estás seguro?** Ésa también es una buena pregunta para reflexionar dentro de nuestro clima cultural donde se exhiben muchas afirmaciones de amor, algunas en marcado contraste entre sí. Entonces, ¿cómo llegamos al punto en que nosotros, junto con Gump, podamos decir: "Sé lo que es el amor?"

Los creyentes no tenemos que encontrar nuestra propia respuesta a esa pregunta. Confiamos en que Jesús ya nos ha revelado el conocimiento más profundo del amor mostrándonos la identidad de su Padre, quien es amor y la fuente del amor.

Jesús no sólo nos dice o muestra qué es el amor, aunque también lo hace, sino que nos invita a ese amor de una manera muy real y permanente. Jesús nos extiende el amor del Padre, el mismo amor que ha experimentado y compartido por toda la eternidad, para que podamos conocer a Dios tal como es y participar del amor que tiene por nosotros y por los demás. Sólo desde aquí podemos decir verdaderamente "sabemos qué es el amor" o, más exactamente, "quién es el amor".

Sin embargo, decir simplemente que sabemos qué es el amor no significa que lo sea. Al mirar nuestro mundo actual, encontraremos muchas personas, movimientos, organizaciones, programas, líderes y otras voces que afirman saber lo que es el amor y, por lo tanto, debes seguir ese ejemplo de ellos o enseñanza para ser considerado una persona **"amorosa"**. *¿Has visto esto reflejado en las redes sociales, películas, tu entorno, figuras políticas u otras fuentes que parecen tener interés en redefinir el amor?*

Después de todo, nadie va a seguir a alguien que admite abiertamente que no ama o que no tiene idea de qué es el amor. Eso no sería bueno para calificar en ningún nivel. Por eso, somos bombardeados con mensajes de amor desde todos los rincones de nuestro mundo. **Y debemos discernir quién es digno de confianza y quién no.**

La única manera de notar la diferencia es conocer la cosa real. Por ejemplo, la mejor manera de detectar un billete falso es conocer lo que lo distingue de uno real.

Y eso es lo que se nos da hoy en nuestro texto de Juan 10 cuando se trata de conocer la diferencia entre el amor del Padre y los “amores” falsos que se hacen pasar por algo real. Y podemos confiar en lo que se nos dice sobre el amor en este texto porque son las palabras del mismo Jesús, el que ha venido del Padre, el único que puede decirnos cuál es realmente el amor del Padre. Y deberíamos estar preparados para que este tema sea demasiado profundo para ser contenido en algún argumento racional o lógico.

La realidad va más allá de lo que podemos verificar con nuestro propio razonamiento. Entonces, Jesús viene a nosotros con una imagen, una metáfora, como una manera de penetrar más profundamente de lo que las simples palabras pueden explicar. **¿Con qué frecuencia las Escrituras utilizan metáforas, imágenes y parábolas cuando hablan de algo que está más allá de lo que puede captarse mediante observación directa o la investigación científica?**

Y más allá de eso, debemos comenzar desde un lugar de fe. Para poder recibir lo que el Señor nos está diciendo; primero debemos confiar en que él es quien está en condiciones de decírnoslo. Debemos confiar en que lo que está diciendo no es más propaganda que sirva para otros medios. Debemos confiar en que él no sólo nos está diciendo y dando una imagen de lo que es el amor, sino que él es en sí mismo la encarnación y la prueba viviente de ese amor. O como nos gusta decir, debemos saber que éste no sólo habla lo que habla, sino que ha caminado lo que ha caminado.

Comencemos con el primer versículo y veamos el cuadro que el Señor nos va a dar.

Soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. (Juan 10:11 NVI)

Jesús se compara a sí mismo con un pastor. Esta es una metáfora llena de significado, especialmente considerando la historia de Dios con Israel. No es la primera vez que se invoca esta imagen. Nuestro Salmo que nos llama a adorar da testimonio de ello.

Dios ya se ha declarado como el pastor de su pueblo registrado en varias escrituras como el Salmo 23 y Ezequiel 34. Entonces, ¿por qué Jesús va más allá al decir que él es el “buen” pastor, en lugar de simplemente decir que es el “pastor”, como lo registran estas otras Escrituras? ¿Por qué se nos da el descriptor de “bueno”?

Primero, esto establece una distinción que debe considerarse al identificar al verdadero Pastor de Israel de otros pastores competidores o falsos. El adjetivo “bueno”, que también puede significar correcto, apropiado, honorable y hermoso, nos alerta sobre el hecho de que puede haber “pastores” “malos” o equivocados, inadecuados, deshonorosos y francamente feos que desfilan como ángeles de luz.

Debemos discernir la diferencia. Y Jesús va más allá para ayudarnos a discernir esa diferencia con las acciones que acompañarán a un “buen pastor”. **Y esa acción se describe como la de aquel que “da su vida por las ovejas”.** Notarás que en estos ocho versículos aparece cinco veces una referencia a dar la propia vida. Esto nos da pistas sobre una distinción importante entre lo que constituye un “buen” pastor y lo que no.

En segundo lugar, al incluir el adjetivo “bueno”, Jesús está construyendo nuestra confianza en él y en el Padre que lo envió. No

queremos confiar en cualquier pastor. Necesitamos saber que es digno de confianza, que en verdad es bueno. Y no queremos seguir a un pastor que es bueno sólo de nombre. Las etiquetas autoproclamadas no valen nada. La etiqueta debe coincidir con la realidad que indica. Así, la acción autenticada y paralela de un buen pastor es proclamada audazmente por el Señor como aquel que “da su vida por las ovejas”. Esa es una medida que expulsará a los “malos” pastores que sólo están en esto para su propio beneficio. Es un listón muy alto que hay que alcanzar.

Jesús ahora irá más allá y describirá con más detalle lo que podemos esperar de un pastor falso. Él nos está ayudando a discernir dónde debemos depositar nuestra confianza.

El que es asalariado y no pastor, al que no le pertenecen las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo las arrebató y las dispersó. Huye porque es asalariado y no le importan las ovejas. (Juan 10:12-13 NVI)

Jesús no está extendiendo la metáfora más allá de lo que ya lo han hecho las Escrituras del Antiguo Testamento. A lo largo del testimonio bíblico encontramos muchas imágenes de pastores que no estaban a la altura de la descripción de “buenos”.

En Isaías 56, por ejemplo, los gobernantes del pueblo de Dios son descritos como pastores que sólo se preocupan por sí mismos. Prefieren emborracharse cuando deberían estar cuidando el rebaño. En Jeremías 10, se hace referencia al liderazgo de Judá como pastores necios que permitieron la dispersión de las ovejas de Dios. Y en Ezequiel 34, se da una severa denuncia a los pastores

de Israel, acusándolos de atiborrarse cuando deberían haber estado alimentando a las ovejas.

No les preocupa la salud y la seguridad de las ovejas. En resumen, no aman a las ovejas, sino que aman su propio poder y control sobre las ovejas que se expresa con dureza e incluso violencia. Jesús no está diciendo nada nuevo aquí. Quizás Jesús sepa que necesitamos recordar que no todos los pastores son buenos. No todos los que vienen proclamando protegernos y salvarnos son dignos de confianza. No todas las afirmaciones de “amor” son en realidad amor. Quizás Jesús conoce nuestra tendencia a volvernos ingenuos y luego ser engañados. Incluso en su metáfora, él está sirviendo como el Buen Pastor al dar una advertencia como medio para proteger a las ovejas.

Jesús usa dos veces un contraste que distingue a un pastor verdadero de uno falso al comparar una “mano de obra asalariada” con un “pastor” al que realmente pertenecen las ovejas. Esta comparación nos recuerda que los trabajadores asalariados sólo trabajan en esto para ganarse la vida. Tan pronto como su sustento esté en peligro, por no hablar de sus propias vidas, se puede contar con que se dirigirán a las colinas. El contraste se centra en el hecho de que un “buen” pastor se preocupa más por las ovejas que por sí mismo. Está dispuesto a dar su vida por el bien de las ovejas. También podemos ver aquí un contraste entre un “pastor” y un jornalero que ve su relación con las ovejas como un contrato que puede anularse una vez que cambian las condiciones.

Por otro lado, el buen pastor que dará su vida por las ovejas es una presentación clara del pacto de Dios que se ha comprometido por el bien de su pueblo, incluso a un gran costo para sí

mismo. Además, el contraste entre un “asalariado” y un buen pastor alude a la distinción entre una relación de obras versus una relación de gracia.

Puede ser un buen recordatorio en este punto decir que Jesús está usando una metáfora. De lo contrario, la lógica diría que el “asalariado” debería, según todos los indicios, salvar su propia vida y dejar que el lobo le arrebatase una o dos ovejas. Al menos el jornalero vivirá para cuidar ovejas otro día. Después de todo, ¿de qué “bien” es un pastor muerto? Ah, esa es una pregunta interesante. Miremos un poco más allá y veamos en qué dirección nos lleva Jesús en su metáfora.

14 »Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, 15 así como el Padre me conoce y yo lo conozco, y doy mi vida por las ovejas. 16 Tengo otras ovejas que no son de este redil y también a ellas debo traerlas. Así ellas escucharán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor. (Juan 10:14-16 NVI)

Parece que a Jesús le preocupa más usar la metáfora para decirnos quién es él que para decir quién es el “asalariado” al que se le contrata para hacer el trabajo. **Nuevamente afirma que él (Jesús) es el “buen pastor”**. Y a esa afirmación le sigue la afirmación de que el pastor conoce a sus ovejas y que esas ovejas lo conocen a él. Además, la manera de este conocimiento entre el pastor y las ovejas es comparable a la manera en que el Padre conoce al Hijo y el Hijo conoce al Padre. Ésa es una afirmación sorprendente. Especialmente, cuando tomamos en cuenta las palabras de Jesús más adelante en el versículo 38 de este mismo capítulo cuando dice: “el Padre está en mí y yo estoy en el

Padre". Ése es un conocimiento íntimo bastante serio. ¿Qué concluimos de esto?

Dejando que la metáfora nos lleve más allá de una relación literal entre oveja y pastor, podemos tomar las palabras de Jesús sobre "conocer" como pertenecientes a su afirmación de ser el "buen pastor". Y esto puede arrojar algo de luz sobre nuestra pregunta anterior de "¿de qué sirve un pastor muerto?" Si Jesús da su vida por las ovejas, ¿no abriría eso el rebaño a los ataques del lobo? ¿O está Jesús hablando de algo más profundo que hace por las ovejas al dar su vida? ¿Será posible que lo que Jesús quiere que veamos es que lo que lo califica como Buen Pastor es que es él quien nos ha permitido conocer al Padre con el mismo conocimiento que el Hijo tiene de su Padre? Jesús también es el Buen Pastor en el sentido de que nos conoce como una más de las ovejas, no es simplemente un asalariado.

Después de todo, es un pastor que da su vida el que puede identificarse con una oveja arrebatada por un lobo. Jesús está hablando mucho más profundamente acerca del "bien" que trae a las ovejas al entregar su vida que una protección literal contra la muerte. Es la muerte del Buen Pastor la que ha llevado a las ovejas al redil de la vida y del amor del Padre, del Hijo y del Espíritu. Y como Jesús indica, también está trayendo otras ovejas a ese redil. Y aquí es donde cerramos el círculo con nuestra discusión sobre saber qué es el amor. Terminemos con los dos últimos versos.

17 Por eso me ama el Padre: porque entrego mi vida para volver a recibirla. 18 Nadie me la arrebatada, sino que yo la entrego por mi propia voluntad. Tengo autoridad para entregarla y tengo también

autoridad para volver a recibirla. Este es el mandamiento que recibí de mi Padre». (Juan 10:17-18 NVI)

Observemos cuán interrelacionados están Jesús y su Padre cuando Jesús dio su vida por las ovejas. Ambos operan por el mismo amor. Jesús nos está mostrando el amor del Padre. Debemos ver que el Padre nos ama de la misma manera que ama a su propio Hijo, y que el Hijo nos ama por la “autoridad” del amor del Padre. No hay diferencia entre el amor del Padre por nosotros y el amor que vemos en Jesús, el Buen Pastor, que da su vida por nosotros. Y ese amor busca llevarnos a una relación íntima de conocimiento del Padre, a través del Hijo, por el Espíritu. Esto es lo que le da a Jesús la distinción de ser el “Buen” Pastor. Nuestro mayor bien es entrar en una relación con el Padre, donde lo conocemos y donde somos conocidos por él. Más tarde Juan escribirá esto como una descripción de la vida eterna:

3 Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado. (Juan 17:3 NVI)

No debemos terminar ahí. Jesús también menciona en este versículo final que no sólo da su vida, sino que también “puede volver a tomarla”. Y con esa declaración recordamos lo que estamos celebrando durante esta temporada de Pascua. Nuestro Buen Pastor es un Pastor resucitado. Él todavía nos está pastoreando a ti y a mí, incluso en este texto, para conocerlo más a él y a su Padre.

Él continúa amándonos con el mismo amor que el Padre tiene por él para que nosotros también podamos descansar en la seguridad de saber qué es el amor. El Buen Pastor todavía nos advierte y nos

protege contra los “asalariados” que no tienen en mente nuestro mejor interés pero que nos venderían al “lobo” a la primera vista del costo para ellos. En verdad tenemos un Buen Pastor. Por su muerte y resurrección, nos ha introducido en el único redil de pertenencia al único y verdaderamente Buen Pastor. Entonces, ¿de qué sirve un pastor muerto? Su bondad radica en la verdad de quién es. Él es quien nos conoce como a una de las ovejas, desde el nacimiento hasta la muerte. Cuando Juan escribe sobre la crucifixión de Jesús, lo retrata como el Cordero Pascual. Este Pastor “muerto”, sin embargo, vive y reina, como más tarde escribiría Juan en el libro del Apocalipsis, como un Cordero, “en pie, como si hubiera sido inmolado” (**Apocalipsis 5:6**). Este Pastor reinante es también nuestro Rey, resucitado y reinando en la bondad de quien es como Hijo del Padre que sabe lo que es el amor. Y él vive para llevarnos a una relación de conocimiento consigo mismo y con su Padre, para participar en ese pacto de amor que nunca nos dejará ni nos abandonará.

Que mientras continuamos en nuestra celebración del Señor Resucitado, podamos conocerlo cada vez más, aprendiendo a confiar en él como nuestro Buen Pastor que nos lleva a conocer al Padre de la misma manera que él lo conoce.

Preguntas de discusión en grupos pequeños

- ¿Has notado cuántas voces diferentes invocan la etiqueta del amor por una causa no bíblica? ¿Puedes pensar en algunos ejemplos de mensajes dentro de nuestro mundo que afirmen amar o ser amorosos? ¿Puedes ver también cómo algunas de

estas afirmaciones entran en conflicto con las descripciones del amor que se encuentran en la Biblia?

- ¿Por qué los creyentes pueden estar seguros de saber qué es el amor?
- Discute el significado de que Jesús afirmara ser el “Buen” Pastor, y no sólo el pastor.
- ¿Cuáles son algunas de las diferencias que puedes ver entre un “Pastor asalariado” y un pastor que da su vida por las ovejas?
- ¿Cuáles son algunas advertencias acerca de los pastores que son sólo “asalariados” que nos ayudan a distinguir entre aquellos que tienen en mente nuestros mejores intereses y aquellos que no?
- ¿De qué manera el Buen Pastor “conoce” a sus ovejas y las ovejas lo conocen a él?
- En tus palabras, siguiendo la metáfora del texto de hoy, ¿cómo responderías a la pregunta: “¿De qué sirve un pastor verdadero?” ¿Cómo influye la Pascua en tu respuesta?

Inicio

Sermón del 28 de abril de 2024 – Quinto domingo de Pascua

Inicio

Vídeo: Conectados <https://youtu.be/e5QSbJgzqPg>

Bienvenido al episodio de esta semana, una repetición especial de nuestro archivo Hablando de Vida. Esperamos que su mensaje atemporal te resulte tan significativo hoy como lo fue cuando se compartió por primera vez.

Salmo 22:25-31 • Hechos 8:26-40 • 1 Juan 4:7-21 • Juan 15:1-8

El tema de esta semana es **el fruto de la vid**. En nuestro salmo que nos llama a adorar, se describe al Señor como aquel que satisface y provoca alabanza y adoración desde todos los confines de la tierra. La historia del eunuco etíope en Hechos 8 se hace eco del efecto de largo alcance del mensaje pascual, las buenas nuevas acerca de Jesús. Nuestra lectura de 1 Juan está dominada por un mensaje de amor mutuo entre los creyentes, que encuentra su fuente en el Dios que es amor. El mensaje del evangelio de Juan habla metafóricamente, usando una vid y sus pámpanos, para señalar la relación fructífera que existe entre el Padre, el Hijo y los creyentes.

Permanecer en la vid

Juan 15:1-8

Mientras nos reunimos para el quinto domingo de Pascua, una vez más seremos invitados a una metáfora extendida para ayudarnos a

desentrañar el significado de quién es Jesús y quiénes somos nosotros en relación con él. La semana pasada se nos dio la imagen de Jesús como el Buen Pastor y de nosotros como sus ovejas. Hoy tenemos otra imagen, que también invoca las imágenes del Antiguo Testamento utilizadas en la historia de Israel, de una vid y sus ramas.

Para contextualizar, esta imagen, como la de la semana pasada, cae dentro de una larga charla en el relato del evangelio de Juan que Jesús está teniendo con sus discípulos justo antes de ir a Jerusalén para ser crucificado. Su objetivo es animar y consolar a sus discípulos (y a nosotros), que, aunque él muera en una cruz, sus discípulos no serán abandonados ni quedarán solos. Juan tiene especial interés en transmitir que Jesús está presente con nosotros, aunque se haya “ido”. Nos ha enviado el Espíritu Santo y por eso está con nosotros de una manera más profunda que antes de su ascensión, y ha prometido regresar.

En los escritos de Juan, nos enfrentamos a las implicaciones de la muerte, resurrección, ascensión de Jesús y al envío de su Espíritu, junto con su promesa de su futuro regreso. La pregunta con la que estamos invitados a luchar es ¿qué vamos a hacer con nuestras vidas mientras tanto? El pasaje de hoy en particular retoma las instrucciones de Jesús sobre ese mismo tema. Aquí veremos cuál es nuestro llamado principal “entre los tiempos” de su primera venida y su regreso.

De este texto podemos ver que la respuesta y el estilo de vida adecuados para todos los creyentes que viven “entre tiempos” se pueden resumir en un solo concepto. Seguramente esto suena demasiado simplista. Pero el énfasis de Jesús en esta palabra es

inequívoco en el uso de la imagen que ha elegido para describir nuestra relación con él, y cómo eso informa cómo vivimos diariamente mientras esperamos su regreso. Si estás familiarizado con este texto, probablemente conozcas la palabra a la que me refiero. Esa palabra es simplemente: **permanecer**. Eso es lo que debemos hacer como discípulos que siguen a Jesús. Pero, antes de alejarnos pensando que entendemos lo que significa permanecer, haríamos bien en dejar que las imágenes elegidas por Jesús nos completen lo que él quiere decir con “permanecer”. De lo contrario, podemos perdernos el consuelo y el aliento que pretende ofrecernos.

Dividiremos el texto en dos partes. La primera parte serán los tres primeros versos:

15 »Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. 2 Toda rama que en mí no da fruto la corta; pero toda rama que da fruto la poda[a] para que dé más fruto todavía. 3 Ustedes ya están limpios por la palabra que les he comunicado. (Juan 15:1-3 NVI)

Aquí hay algunas observaciones generales que podemos hacer de los primeros tres versículos:

Primero, Jesús comienza afirmando algunas realidades involucradas. Él sentará las bases de lo que es verdad antes de decirnos qué hacer. No recibimos el imperativo de “permanecer” hasta el versículo cuatro. Jesús quiere que sepamos primero quién es él y quiénes somos en él antes de darnos las implicaciones de esa realidad.

Esta es la gracia de Dios para nosotros. El Dios revelado en Jesucristo no es uno de mandatos, reglas o leyes arbitrarias. Todo lo que él nos ordena surge de quién es él para nosotros y de quiénes somos nosotros en relación con él. Él nunca nos ordenará algo que no se ajuste a quién es él como Padre amoroso que envió a su Hijo para salvarnos. El Señor es consistente y digno de confianza en todo lo que dice y hace. Y comienza su imagen de la vid y las ramas contándonos qué dice esta imagen de él.

En segundo lugar, Jesús no comienza con una declaración sobre nosotros, sus discípulos. Comienza haciéndonos saber quién es en esta imagen que está a punto de usar. Lo hace con una de sus distintivas declaraciones “Yo Soy”. En este ejemplo, Jesús se declara a sí mismo como la vid verdadera. Pero no sólo eso, incluye al Padre como viñador. Jesús no está solo en la metáfora

utilizada. Su Padre está íntimamente involucrado en todo lo que sucede cuando Jesús es la vid. Jesús quiere que sepamos que él y el Padre están en la misma página. No debemos temer que lo que el Padre hace sea de alguna manera diferente u opuesto a las palabras de Jesús para nosotros.

Aunque la palabra clave en esta imagen será “permanecer”, eso no significa que simplemente debamos “quedarnos por ahí” mientras esperamos el regreso del Señor. Pero no necesitamos que nos hagan pensar que el Padre no es para nosotros de la misma manera que lo es el Hijo. No existe una relación de “policía bueno/policía malo” a la que nos traen.

En tercer lugar, y en relación con la segunda observación, Jesús añade una descripción a su identidad como vid al decir que él es la “vid verdadera”. Tal vez recuerdes la semana pasada que Jesús hizo lo mismo al describirse a sí mismo como el “buen pastor”. Jesús está haciendo una distinción que debemos tomar en serio. La vid en la que se nos dirá que permanezcamos es la vid “verdadera”, es decir, esta es la única vid en la que es digno de confianza permanecer. También nos alerta sobre el hecho de que puede haber otras “vides” que también podrían llamarnos con el mandato de “permanecer”. Es de vital importancia saber si esos llamados provienen de una vid “falsa” y no vienen de la vid “verdadera”.

¿Alguna vez te has encontrado permaneciendo en una vid falsa? Hay muchas “vides” que nos llaman y afirman que, si simplemente permanecemos en ellas, seremos fructíferos y tendremos vida. Pero, al final, descubrimos que esas promesas son huecas y vacías, y nos dejan igual. Somos tentados, y a veces

caemos presa de tales tentaciones, donde llegamos a pensar que hay alguna otra fuente que nos dará vida. Tal vez sea un estilo de vida particular, una ideología, una comunidad, una afiliación social, un nivel de estatus o cualquier cantidad de cosas en las que “permanecemos” que no están a la altura de la “vid verdadera” que nos da la vida fructífera para la cual fuimos creados.

Finalmente, después de que Jesús nos hace saber quién es él y quién es su Padre, tiene algo que decir sobre quiénes somos nosotros. Sin embargo, él no hace ningún reclamo sobre nosotros aparte de nuestra relación con él. Utilizando la imagen de “ramas” para sus discípulos, relata que “Cada rama en mí...” Nuestra verdadera identidad sólo se encuentra *en Jesús*.

No existe ningún “nosotros” de ninguna manera verdadera o fructífera que exista aparte de él. De hecho, si una rama no da fruto, se la describe como podada. El viñador no permite ninguna existencia en la vid que no sea una existencia real como pámpano conectado a la vid. Debemos recordar que Jesús está hablando con una metáfora usando imágenes para declarar lo que es verdad de sí mismo y de nuestra relación con él. Por lo tanto, debemos tener cuidado de no leer en la imagen interpretaciones que no se ajusten al resto del testimonio bíblico de quién es Dios. Jesús no está diciendo que el Padre esté buscando abejas obreras para producir algún fruto. Esa no es la idea central de la imagen ni es consistente con la revelación del Padre por parte de Jesús.

El Padre no busca entre las ramas a quién puede “quitar”. Esta es una declaración descriptiva de lo que significa ser verdaderamente una rama. Los pámpanos brotan de la vid, y es gracias a esa relación que se produce el fruto. Los pámpanos no “producen” el

fruto, sino la vid. De hecho, la palabra “llevar” en este texto es la misma palabra que Juan usó en la historia del milagro de Jesús de convertir el agua en vino. Jesús produjo el “fruto” de la vid, en este caso vino, y luego les dice a sus discípulos que lo “lleven” al maestro de la fiesta. La palabra “cargar” y la palabra “llevar” son la misma palabra griega *pheret*, que significa llevar, cargar, traer o incluso dar a conocer públicamente.

El significado no pretende transmitir la producción o creación de frutos. A los discípulos no se les encomendó la tarea de convertir el agua en vino. Debían cargarlo o llevarlo al maestro. Esa es la obra del Señor en los pámpanos que se exhiben como testimonio para él y su Padre.

Hacer esa observación también nos ayuda a comprender un poco mejor el trabajo del viñador en la poda. El Padre nos está podando para que podamos ser más plenamente las ramas que debemos ser. Cuando experimentamos la poda en nuestras vidas, esta imagen no nos dice que el Padre está disgustado con nuestra “producción” de fruto y que nos hará miserables hasta que aumentemos nuestra cuota. No, eso nuevamente no sería consistente con quién es Dios revelado en Jesús. La poda del Padre tiene algo que ver con lo que vamos a ver en los versículos restantes.

Echemos un vistazo ahora a los versículos 4 al 8:

4 Permanezcan en mí y yo permaneceré en ustedes. Así como ninguna rama puede dar fruto por sí misma, sino que tiene que permanecer en la vid, así tampoco ustedes pueden dar fruto si no permanecen en mí.

5 »Yo soy la vid y ustedes son las ramas. El que permanece en mí, como yo en él, dará mucho fruto; separados de mí no pueden ustedes hacer nada. 6 El que no permanece en mí es desechado y se seca, como las ramas que se recogen, se arrojan al fuego y se queman. 7 Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y se les concederá. 8 Mi Padre es glorificado cuando ustedes dan mucho fruto y muestran así que son mis discípulos. (Juan 15:4-8 NVI)

Ahora Jesús nos da el imperativo de “permanecer”. Esa es la vida que debemos vivir todos los días como discípulos del Señor. ¿Pero qué significa eso exactamente? Algunos pueden ver esto como simplemente quedarse esperando el regreso de Jesús. Pero el apóstol Juan incluye esta enseñanza de Jesús como un recordatorio reconfortante de que no nos quedamos solos con la partida de Jesús.

Él todavía está con nosotros y por eso podemos permanecer. Entonces, estamos invitados a vivir el presente de la misma manera que viviremos en el reino futuro que el Señor traerá cuando regrese. Permanecer no es algo que hacemos para pasar el tiempo o como un medio para alcanzar algún otro fin. Es el propósito final para el que fuimos creados.

Es el imperativo eterno de vivir en unión con Cristo. Cuando lleguemos al cielo, entremos al Reino, o cualquier lenguaje que quieras usar para hablar del cielo y la tierra nuevos de Dios que vienen con el regreso de Jesús, estaremos experimentando la plenitud del reino debido al hecho de que no tendremos obstáculos para nuestra permanencia en la vid.

Quizás aquí sea útil agregar otra palabra junto con la palabra “permanecer”. Cuando consideramos la imagen de un pámpano que da fruto debido a su relación con la vid, podemos ver que el pámpano da fruto porque bebe de la fuente de vida de la vid. Si cortas una rama, no producirá ningún fruto por mucho que la fertilices, la riegues, la afirmes o le grites. ¿Por qué? Porque ya no puede recibir de la vid su fuente de vida. Y esa es la palabra que me gustaría utilizar junto con respetar. Recibir. Ésa es otra manera de hablar de permanecer en la vid. Como pámpanos, debemos recibir nuestra vida de la vid.

Jesús es nuestra fuente de vida y no hay nada fuera de esa relación que sume más que ramas marchitas, agotadas y quemadas. Jesús quiere que sepamos que no hay vida “verdadera” fuera de una relación con la vid “verdadera”.

Vemos en estos versículos restantes que no permanecer en Jesús nos deja impotentes, sin palabras, infructuosos, sin esperanza y sin una oración. Nosotros, como pámpanos, debemos recibir todas las cosas de la vid. Eso es lo que hará que el cielo sea el cielo. Lo que el Padre pretende darnos en Jesús es la vida fructífera que tiene con su Hijo y el Espíritu.

Hay tanto por recibir que será una forma de vida por toda la eternidad. En el presente, incluso cuando recibimos, lo que equivale a dar fruto, el Padre “podará” como un medio para permitirnos recibir aún más. Él no quiere que nos perdamos todas las bendiciones y frutos que vienen al permanecer en la vid. Así de bueno es el Padre. Incluso trabaja para permitirnos recibir más a medida que llegamos a conocerlo como pámpanos de la vid. Si el Padre es el dador de todos los buenos dones, como lo declara el

libro de Santiago, entonces lo más importante a cultivar es una relación de confianza donde podamos recibir todo lo que Él tiene para nosotros. El único regalo que el Padre no puede darnos es el que nos negamos a recibir. Pero, como lo describe Jesús, incluso aquí el Padre actúa para permitirnos permanecer más plenamente, recibiendo todo lo que tiene para dar.

Jesús destaca la vida de permanecer como una vida de recibir en el versículo siete:

7 Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y se les concederá. (Juan 15:7 NVI)

Permanecer en Cristo es estar en condiciones de recibir “lo que deseamos” y poder contar con recibirlo porque el Padre no se detiene. Por supuesto, Jesús incluye que esta vida de permanecer será consistente con la palabra permanente que se nos ha dado. Entonces, incluso lo que “deseamos” se ajustará a los “verdaderos” deseos de la vid y del viñador. Incluso lo que pedimos no se perderá. Y alabado sea Dios por eso, ya que no siempre sabemos qué pedir. Pero el Verbo sí.

El apóstol Juan no ha terminado con las palabras de Jesús sobre permanecer. Aquí sólo nos ocupamos de la mitad del pasaje. Sin embargo, la próxima semana veremos la segunda mitad del pasaje de Juan en **Juan 15:9-17** para encontrar el regalo más precioso que pretende darnos. Hasta entonces, consuélate y anímate porque la resurrección de Jesús significa que él no te ha abandonado y que su Padre no te ha abandonado.

Más bien, el Padre está decidido a llevarte a una relación permanente consigo mismo, a través de su Hijo, por el Espíritu, de

tal manera que abra tu alma para recibir la vida fructífera que siempre tuvo en mente para ti.

Preguntas de discusión en grupos pequeños

- ¿Por qué crees que Jesús comienza su metáfora diciéndonos las realidades de quiénes son él y su Padre, y quiénes somos nosotros en relación con él, antes de darnos la orden de permanecer?
- Discute la importancia de ver que la Vid Verdadera, Jesús, y el Viñador, el Padre, son uno en cuanto a sus propósitos para nosotros, los pámpanos.
- ¿Qué nos dice el descriptor “verdadero” acerca de que Jesús es la Vid? ¿Cuáles son algunas de las razones por las que Jesús querría incluir esta descripción?
- Discute el efecto que tuvo en tú la imagen de Jesús de las ramas desechadas y quemadas y lo que significa no permanecer. ¿Con qué debemos tener cuidado al comprender estas imágenes? ¿Hay algunas formas en las que NO debemos interpretar la imagen basándonos en otras escrituras?

- Analiza cómo este pasaje les ayuda a comprender un poco más lo que significa que el Padre “pode” las ramas. ¿Puedes pensar en momentos de poda en tu vida por los que ahora estás agradecido?
- ¿De qué manera el hecho de ver “permanecer” como una descripción de “recibir” del Señor ayudó u obstaculizó tu comprensión del texto?
- Se hicieron muchos puntos a partir de la imagen de la vid y sus pámpanos. ¿Cuáles fueron algunos que tuvieron el mayor impacto en ti? ¿Viste otros puntos del cuadro de palabras de Jesús que te vinieron a la mente y que puedas compartir?

Inicio

